

NORTE

TERCERA EPOCA - REVISTA HISPANO - AMERICANA - NUM. 260



Publicación bimestral del Frente de Afirmación Hispanista, A.C. Lago Ginebra No. 47 C, México 17, D.F. Tel.: 541-15-46. Registrada como correspondencia de 2a. clase en la Administración de Correos No. 1 de México, D.F. el día 14 de junio de 1963.

Fundador: Alfonso Camín Meana.

Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial.

DIRECTOR

Fredo Arias de la Canal

DISEÑO GRAFICO

Jorge Silva Izazaga

ASESORES CULTURALES

Leopoldo de Samaniego
Joaquim Montezuma de
Carvalho
César Tiempo

COORDINACION

Berenice Garmendia
Daniel García Caballero

COLABORADORES: Víctor Maicas, Emilio Marín Pérez, Albino Suárez, Juan Cervera, José Armagno Cosentino, Miguel Angel Rodríguez Rea, Luis Ricardo Furlán y Ernesto Lehfeld Miller.

El contenido de cada artículo publicado en esta revista, es de la exclusiva responsabilidad de su firmante.

Impresa y encuadernada en
Editora Nacional

Agropecuaria, S. A.

Av. Río Consulado

No. 55, México 17, D. F.

NORTE

TERCERA EPOCA - REVISTA HISPANO-AMERICANA

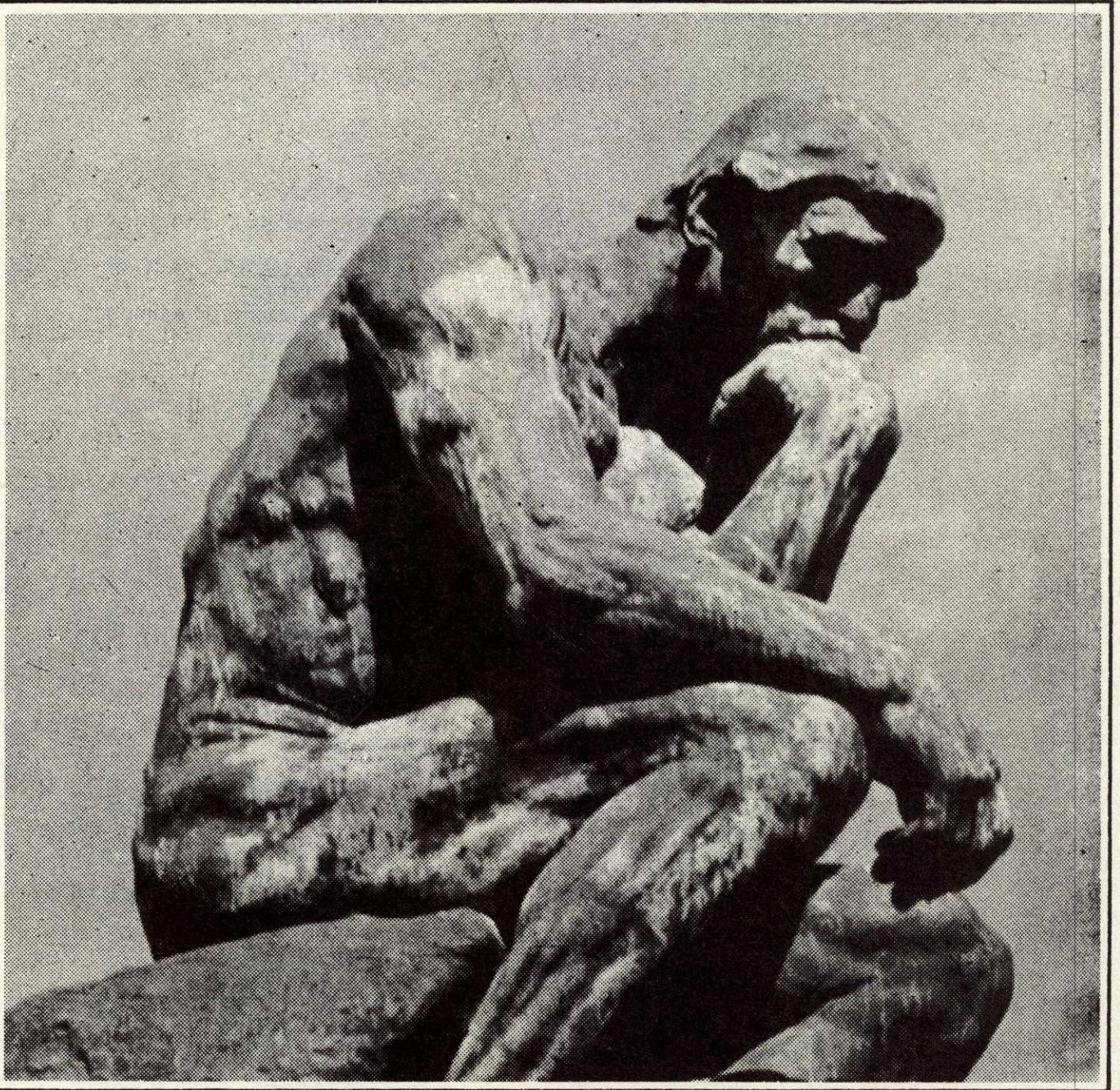
No. 260

SUMARIO

EDITORIAL: FILOSOFEMOS	5
EL PODER CONTRA LA CULTURA. Rudolf Rocker	9
RETORICA FREUDIANA	13
LA HISPANIDAD LLORA A LUCY ETEL GARCIA VARGAS	15
SOMNAMBULISMO. Dr. Walter C. Alvarez	17
CON ARCILLA LUMINOSA. Liliana Echeverría Drummond	19
"CANTO A ESPAÑA". Andrés Eloy Blanco	21
"A LA MEMORIA PARA SIEMPRE DE PABLO NERUDA". José María Amado	27
INTENTO DE PSICOANALISIS DE JUANA INES POR FREDO ARIAS. Osvalda Rovelli de Riccio	28
JAIME MEJIA. Shifra M. Goldman	33
INTENTO DE PSICOANALISIS DE OLGA ARIAS. Fredo Arias de la Canal	41
LA MUERTE DE PABLO CASALS. Joaquim Montezuma de Carvalho	55
"ELEGIA DEL AMOR GOZOSO". Dora Castellanos	58
UN CASO CLINICO. Edmundo Bergler	59
"MADRE ENLOQUECIDA". Sagrario Torres	62
LOS "ROMANCES PAISANOS" DE LEON BENAROS. Luis Ricardo Furlán	63
DOS POEMAS SIN NOMBRE. Humberto Barba Loza	66
REFLEXIONES EN TORNO A DON QUIJOTE. Armandino Zimeda	67
"PANORAMA". Luis Espinoza Aliaga	73
CARTAS DE LA COMUNIDAD	78
PATROCINADORES	79
PORTADA: Jaime Mejía	

NORTE

1990



FILOSOFEMOS

Nos dice Platón que el filósofo es un hombre que desea discernir la verdad. Si es que realmente el filósofo desea llenar este cometido, por fuerza debe ser un hombre humilde, porque reconoce su ignorancia; pero, por otro lado, es el filósofo un ambicioso al pretender desentrañar la verdad de las cosas, es un curioso al investigarlas y un exhibicionista al relatar las peripecias que se ha visto obligado a experimentar en su sorda lucha contra las contingencias encontradas en los desconocidos laberintos de la vida.

La filosofía, esa dulce leche de la adversidad a que se refería Shakespeare en *Romeo y Julieta*, estriba en las inquietudes de ciertos seres humanos ante la propia ignorancia de los fenómenos de su propia conducta y de los fenómenos del universo. Bertrand Russell sugirió que antes de acometer cualquiera investigación filosófica, discerniera el hombre sobre los campos de ignorancia.

"A través de su historia, la filosofía ha consistido en dos partes sin armonía entre sí: de un lado una teoría de la esencia del mundo, y del otro una doctrina política o ética sobre la vida perfecta. El error de no separar estos dos campos con suficiente claridad, ha originado confusión en el pensamiento filosófico. Desde Platón hasta William James, los filósofos han dejado que sus opiniones sobre la esencia del universo sean influidas por su deseo de perfección: pensando que ciertos principios harían virtuosos a los hombres, han inventado argumentos, a menudo sofisticados, para probar la verdad de sus doctrinas. Por mi parte, repruebo este prejuicio, fundándose en razones morales e intelectuales. Moralmente, el filósofo que no persiga una búsqueda desinteresada de la verdad, es algo así como un traidor."

Ahora bien, si todo filósofo, habiendo escogido su esfera de investigación, se dedica ardua y noblemente a la búsqueda de la verdad, se topa inmediatamente con los impedimentos de su propia naturaleza humana. Es, pues, indispensable que trate de conocerse a sí antes de emprender mayores aventuras en lo desconocido. Berkeley (1685-1763) observó esto:

"La mayor parte, si no todas, de las dificultades que han entretenido hasta ahora a los filósofos y que han obstruido el camino del conocimiento, se deben por entero a nosotros mismos. Hemos empezado por levantar una polvareda, y después nos quejamos de que no podemos ver."

Este levantar las polvaredas filosóficas debe relacionarse, principalmente, con el desconocimiento que el

hombre tiene de sus impulsos conduccionales; impulsos que solamente han podido explicar veladamente algunos genios al borde de la demencia o de la muerte. De esta manera Sócrates observó que los filósofos tienen una adicción a la muerte (**Phaedo**):

"Yo estimo que el verdadero devoto de la filosofía puede ser mal interpretado por otros hombres; ellos no comprenden que él está siempre persiguiendo a la muerte; y si esto es así y ha tenido el deseo de muerte toda su vida, ¿por qué cuando llega la hora de morir se ha de afligir de aquello que siempre deseó?"

Si el filósofo no descubre que tiene un secreto deseo de morir, jamás podrá comprender el porqué de sus deseos de muerte para con sus enemigos o parientes que le estorban, y de sus delirios de redención para con los suyos o para con la humanidad. Nietzsche, en *Así habló Zaratustra*, se compadecía de las masas esclavizadas por el cristianismo, al mismo tiempo que proyectaba sus delirios de grandeza hacia las aristocracias intelectuales, las que debían de forjar, a través de la voluntad, la creación del superhombre. Antes de perder la razón definitivamente, intuyó lo siguiente:

"Toda gran filosofía es la confesión de su creador y una especie de autobiografía involuntaria e inconsciente."

¿Qué puede hacer la filosofía en manos de hombres cuyos deseos de investigación tienen ya el estigma de lo patológico? Debemos considerar que la curiosidad desmedida y el delirio de grandeza tienen un parentesco mucho mayor de lo que se puede observar ligeramente. Sócrates, quien se había convertido en el censor de su pueblo, declaró (**Apología**):

"Cuando les digo que yo les he sido dado por Dios, la prueba de mi misión es esta: si yo hubiera sido como otros hombres, no hubiera descuidado mis problemas o pacientemente observado el descuido de los mismos durante todos estos años, para preocuparme de los vuestros."

Durante la historia de la humanidad, han sido incontables los personajes destacados que, aquejados por delirios paranoicos, han revestido sus conductas de misiones manifiestas, redentoras y salvadoras, habiendo algunos fundado sectas religiosas y otros conquistado vastos territorios. Hasta los hombres de ciencia han caído y caen bajo el influjo de estos problemas de carácter conduccional psicopatológico. El propio Freud, en *Contribuciones al simposio sobre la masturbación* (1912), dijo lo siguiente:

"No es que estos o aquellos reproches me intimiden, pero sé que tengo que cumplir un destino, no puedo rehuirlo ni necesito ir a su encuentro. He de mantenerme a su espera, y entre tanto sostendré frente a nuestra ciencia la misma actitud que he aprendido desde tiempo atrás."

Por lo que se puede advertir, para filosofar se necesita ser, más que un hombre, un ángel; y aquel que desee dedicarse al conocimiento de los fenómenos éticos del ser humano, tendrá, primero, que estudiar lo poco que la ciencia psicoanalítica ha descubierto, para luego, con los menos prejuicios posibles, aspirar a investigar lo demás.

Los filósofos antiguos actuaban en una forma parecida a la de los psicoanalistas de la escuela freud-berglerista, pues trataban de mitigar los dolores psíquicos de la gente, con frecuentes buenos resultados. Epicuro (341-270), dijo:

"Vana es la palabra del filósofo que no mitiga el sufrimiento del hombre. Así como no hay provecho en la medicina si no expulsa las enfermedades del cuerpo, tampoco lo hay en la filosofía si no expulsa los sufrimientos del alma."

Sócrates, cien años antes que Epicuro, habíase referido (Faedro) a un filósofo que usó de la palinodia como curación de una ceguera histérica:

"Y ahora pienso en una purga antigua de un error mitológico, que fue descubierta, no por Homero, puesto que él nunca tuvo el ingenio de descubrir, porque estaba ciego, pero sí por Estesicoro, quien era un filósofo y sabía la razón del porqué; y entonces, cuando Homero perdió su vista, ya que ese fue el castigo inflingido sobre él por injuriar a la bella Helena, él inmediatamente se purgó. Y esta purga fue una retractación, que empezaba así:

"Falsa es mi palabra; la verdad es que tú (Helena) nunca te embarcaste, ni tampoco fuiste a los muros de Troya.

"...y cuando había completado su poema, que es llamado «la retractación», inmediatamente recobró su vista."

Durante dos mil años el cristianismo ha usado de la retractación o el arrepentimiento como un alivio mental para el pecador que, obviamente, hubo contravenido alguno de los muchísimos preceptos religiosos; seguido este arrepentimiento de la penitencia impuesta por el

representante eclesiástico. En el ejemplo anterior, evidentemente Homero sufrió su penitencia por el solo hecho de reconocer públicamente su arrepentimiento, o la falsedad de que Helena estuvo en el sitio de Troya.

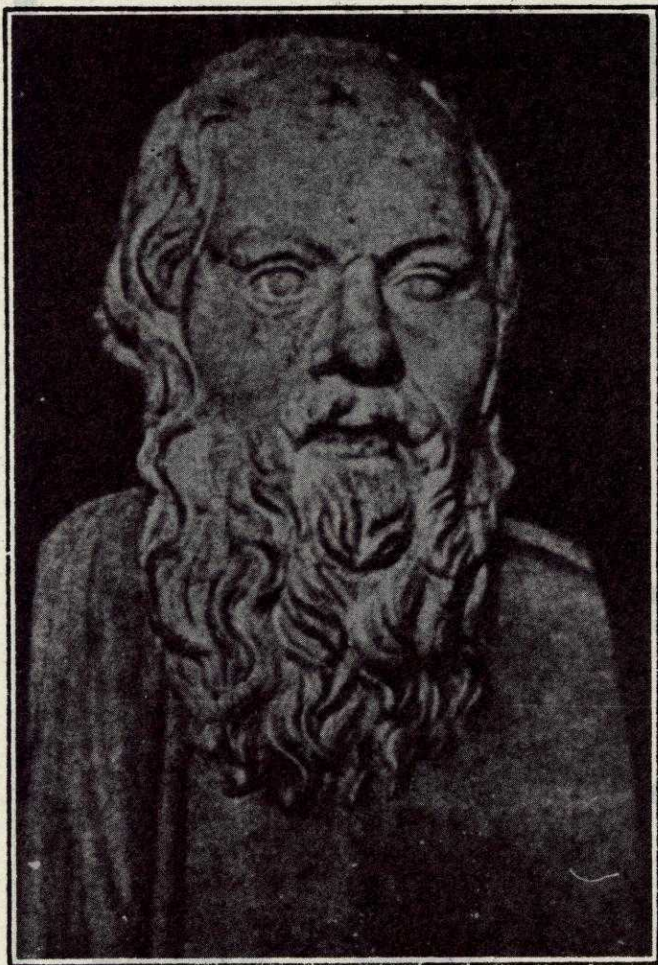
Otro de los grandes pensadores que ahondó en los fenómenos de la conducta neurótica, fue Schopenhauer, quien observó que al aceptar el deseo de morir se obtenía una felicidad inefable, y otorgó con esto una confirmación a la teoría budista del encuentro del Nirvana a través de la negación del deseo de vivir. Estudiemos sus pensamientos:

"Pero el impulso ciego y desapoderado de vivir, que constituye su esencia, arrastra a la voluntad consciente del hombre a perpetuarse y progresar, a satisfacer necesidades que se convierten en germen de nuevos dolores, arrastrando así el individuo una existencia misera e infelicitísima, engañada por varias apariencias, de las cuales puede librarse mediante la extinción y aniquilación absoluta del pensamiento y del deseo, mediante la negación de la existencia individual y mediante la separación del elemento perecedero de la inteligencia y del elemento indestructible y eterno de la voluntad. La vida es esencialmente dolorosa, es el dolor mismo, inseparable de la personalidad y de la conciencia. Sólo negando y destruyendo la voluntad de vivir se obtiene la emancipación absoluta, el perfecto nirvana (...) el que se suicida es un pesimista falso e incompleto: niega la vida, pero no niega la voluntad de vivir; al contrario, la afirma con energía."

Desgraciadamente para la filosofía y, sobre todo, para la humanidad, todos estos descubrimientos que pudieron haber dado paso hacia el conocimiento de la conducta humana, también se han perdido en la gran polvareda de las letras impresas, sin que haya habido ni siquiera una continuidad de pensamiento. Así podremos observar la interrogante de los grandes pensadores políticos como Bakunin (1814-76), quien en Dios y Estado expresó sobre la ciencia social:

"Todo lo que tenemos el derecho a exigir de ella es que nos indique, con mano firme y fiel, las causas generales de los sufrimientos individuales."

Los intelectuales perplejos en este siglo ante dos guerras mundiales y la civil española, ante el asesinato masivo de inocentes personas y ante la posibilidad de exterminio total de la cultura humana, siguen haciéndose las mismas preguntas destinadas a caer en los abis-



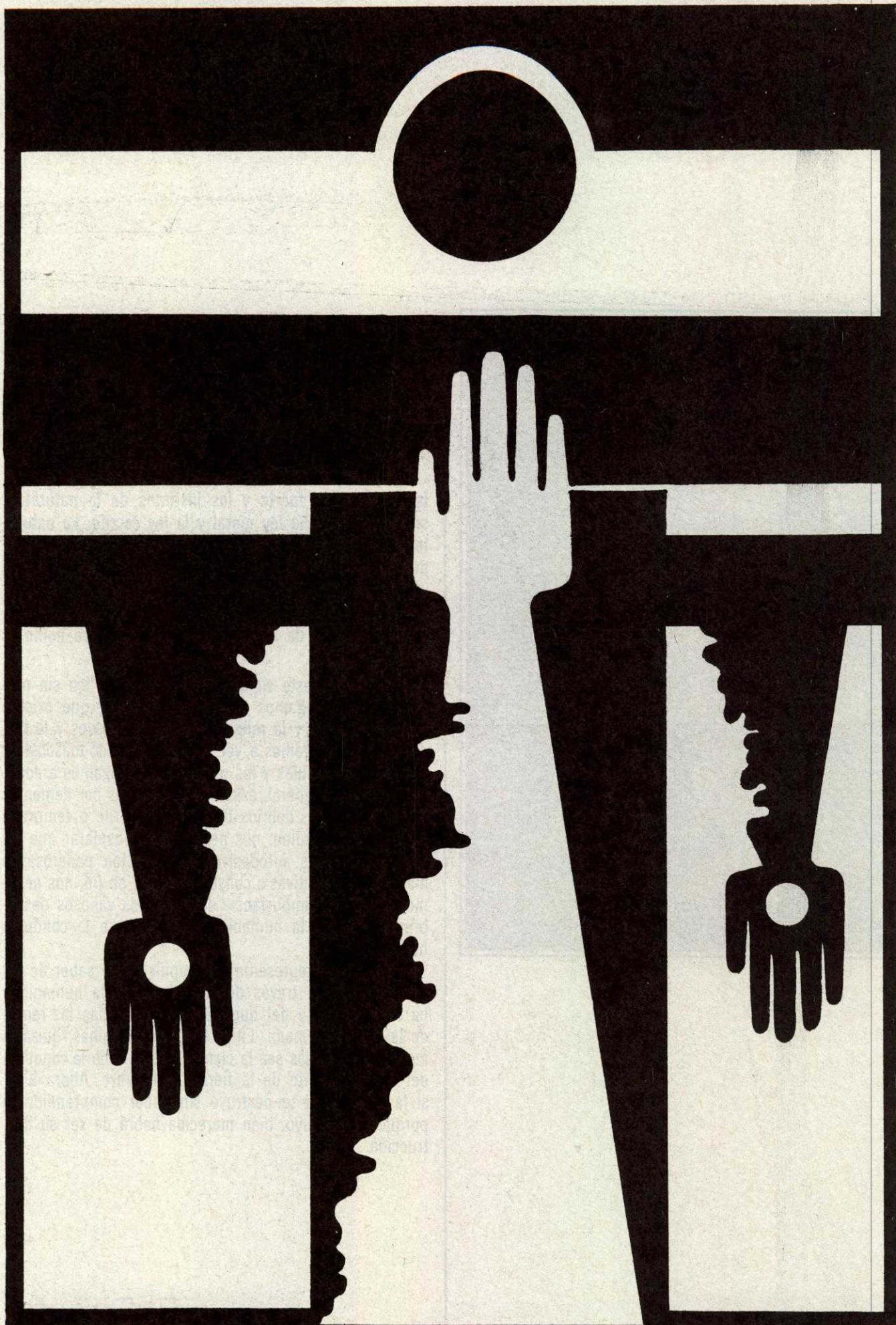
mos de la ignorancia, y muchos opinan igual que los antiguos sofistas griegos.

En *Historia de las ideas estéticas en España*, don Marcelino Menéndez y Pelayo al estudiar la doctrina estética de Platón relata algunos pensamientos sofistas de la época:

“Calicles comienza a defender la teoría del placer, la ley del más fuerte y los instintos de la naturaleza sensible, contra la ley moral y la ley escrita. La naturaleza nos muestra que los más fuertes y robustos deben poseer y gozar más que los débiles e inferiores. (Obsérvese la influencia que esto pudo tener sobre Darwin). La ley es un fingimiento y una convención; la filosofía, entretenimiento de niños, vano y ridículo para hombres hechos”.

Todavía en este siglo de progreso científico sin precedente, nos negamos a aceptar los nexos que existen entre la política y la religión, y entre estas dos y la psicología; nos negamos a ver la relación sado-masoquista entre las oligarquías y los pueblos. Nos negamos a admitir que, por lo general, estamos gobernados por dementes paranoicos cuyos delirios de grandeza tarde o temprano nos llevan a la ruina; nos negamos a considerar que las fuerzas mentales autodestructivas son tan poderosas o más que las positivas o constructivas, y, en fin, nos negamos a darle la importancia debida a los valiosos descubrimientos que la humanidad posee sobre la conducta humana.

La filosofía representa la compulsión de saber de los pensadores, y a través de la historia de la humanidad ha sido el tronco del que han brotado todas las ramas de la ciencia humana. Entre todas estas ramas, quizá la más débil de todas sea la ciencia que estudia la conducta del ser inteligente de la tierra: el hombre. Ahora bien, si la humanidad se destruye sin haber comprendido el porqué se destruyó, bien merecida habrá de ser su destrucción.



EL PODER CONTRA LA CULTURA

Rudolf Rocker

Y, sin embargo, la creencia en las supuestas capacidades creadoras del poder se basa en un cruel autoengaño, pues el poder como tal no crea nada y está completamente a merced de la actividad creadora de los súbditos, para poder tan sólo existir. Nada es más engañoso que reconocer en el Estado el verdadero creador del proceso cultural, como ocurre casi siempre, por desgracia. Precisamente lo contrario es verdad: **el Estado fue desde el comienzo la energía paralizadora que estuvo con manifiesta hostilidad frente al desarrollo de toda forma superior de cultura.** Los Estados no crean ninguna cultura; en cambio, sucumben a menudo en formas superiores de cultura. **Poder y cultura, en el más profundo sentido, son contradicciones insuperables:** la fuerza del uno va siempre mano a mano con la debilidad de la otra. Un poderoso aparato de Estado es el mayor obstáculo a todo desenvolvimiento cultural. Allí donde mueren los Estados o es restringido a un mínimo su poder, es donde mejor prospera la cultura.

Ese pensamiento parece desmedido a muchos porque nos ha sido completamente falseada, por un mentido adiestramiento instructivo, la visión profunda de las verdaderas causas del proceso cultural. Para conservar el Estado, se nos ha atiborrado el cerebro con una gran cantidad de falsos conceptos y absurdas nociones, en tal forma que los más no son ya capaces de acercarse sin preconcepciones a las cuestiones históricas. **Nos reimos de la simplicidad de los cronistas chinos** que sostienen del fabuloso emperador Fu-hi, que ha llevado a sus súbditos el arte de la caza, de la pesca y de la cría de animales; que ha inventado para ellos los primeros instrumentos musicales y les ha enseñado el uso de la escritura. Pero nos inclinamos mudos ante lo que se nos ha dicho de la cultura de los Faraones, de la actividad creadora de los reyes babilónicos o de las supuestas hazañas culturales de Alejandro de Macedonia o del "viejo Federico", y no sospechamos que todo es mera fábula, urdimbre de mentiras que no tiene ni una chispa de verdad; **se nos ha remachado eso en la cabeza tan a menudo, que en muchísimos casos se ha convertido en una certidumbre interior.**

La cultura no se crea por decreto; se crea a sí misma y surge espontáneamente de las necesidades de los seres humanos y de su cooperación social. Ningún gobernante pudo ordenar a los hombres que formasen las primeras herramientas, que se sirviesen del fuego, que inventasen

el telescopio y la máquina de vapor o verificasen la **lliada**. Los valores culturales no brotan por indicaciones de instancias superiores, no se dejan imponer por decretos ni vivificar por decisiones de asambleas legislativas. Ni en Egipto, ni en Babilonia, ni en ningún otro país fue creada la cultura por los representantes de las instituciones políticas de dominio; éstos aceptaron una cultura ya existente y desarrollada, para ponerla al servicio de sus aspiraciones particulares de gobierno. Pero con ello pusieron el hacha en las raíces de todo desenvolvimiento cultural ulterior, pues en el mismo grado que se afianzó el poder político y sometió a su influencia todos los dominios de la vida social, se operó la petrificación interna de las viejas formas culturales, hasta que en el lugar de su anterior círculo de acción no pudo volver a brotar ninguna chispa de verdadera vida.

La dominación política aspira siempre a la uniformidad. En su estúpido intento de ordenar y dirigir todo proceso social de acuerdo con determinados principios, está siempre inclinada a someter todos los aspectos de la actuación humana a un cartabón unitario. Con ello incurre en una contradicción insoluble con las fuerzas creadoras del proceso cultural superior, que pugnan siempre por nuevas formas y configuraciones y, en consecuencia, están tan ligadas a lo multiforme y diverso de la aspiración humana, como el poder político a los cartabones y formas rígidas. Entre las pretensiones políticas y económicas de dominio de las minorías privilegiadas de la sociedad y la manifestación cultural del pueblo, existe siempre una lucha interna, pues ambas presionan en direcciones distintas y no se dejan fusionar nunca voluntariamente; sólo pueden ser agrupadas en una aparente armonía, por coacción externa y violación espiritual. Ya el sabio chino Lao-Tsé reconoció esa contradicción cuando dijo:

"Dirigir la comunidad es, según la experiencia, imposible; la comunidad es colaboración de fuerzas y, como tal, según el pensamiento, no se deja dirigir por la fuerza de un individuo. Ordenarla es sacarla del orden; fortalecerla es perturbarla. Pues la acción del individuo cambia; aquí va adelante, allí cede; aquí muestra calor, allí frío; aquí emplea la fuerza, allí muestra flojedad; aquí actividad, allí sosiego.

Por tanto, el perfecto evita el placer de mando, evita el atractivo del poder, evita el brillo del poder."¹

También Nietzsche ha concebido en lo más profundo esa verdad, aunque su dislocación interna, su perpetua oscilación entre concepciones autoritarias anticuadas y pensamientos verdaderamente libertarios, le impidieron toda la vida deducir de ella las conclusiones naturales. Sin embargo, lo que ha escrito sobre la decadencia de la cultura en Alemania es de la más expresiva importancia, y encuentra su confirmación en la ruina de toda suerte de cultura.

"Nadie puede dar más de lo que tiene; esto se aplica al individuo como se aplica a los pueblos. Si se entrega uno al poder, a la gran política, a la economía, al tráfico mundial, al parlamentarismo, a los intereses militares; si se entrega el tanto de razón, de seriedad, de voluntad, de autosuperación que hay, hacia ese lado, falta del otro lado. La cultura y el Estado —no hay que engañarse al respecto— son antagónicos: "Estado cultural" es sólo una idea moderna. Lo uno vive de lo otro, lo uno prospera a costa de lo otro. Todas las grandes épocas de la cultura son tiempos de decadencia política; lo que es grande en el sentido de la cultura, es apolítico, incluso antipolítico."²

Si el Estado no consigue, dentro de su esfera de poder, dirigir la acción cultural en determinados carriles, o por vías adecuadas a sus objetivos, y obstaculizar de esa manera sus formas superiores, precisamente esas formas superiores de la cultura espiritual harán saltar, tarde o temprano, los cuadros políticos que encuentren como trabas en su desarrollo. Pero si el aparato del poder es bastante fuerte para oprimir en determinadas formas, por largo tiempo, la vida cultural, se buscan poco a poco otras salidas, pues la vida cultural no está ligada a ninguna frontera política. Toda forma superior de la cultura, en tanto que no está demasiado obstaculizada por los diques políticos en su desenvolvimiento natural, lleva a una continua renovación de su impulso creador. Toda obra alcanzada despierta la necesidad de mayor perfección y de más honda espiritualización. La cultura es siempre creadora: busca nuevas formas de expresión. Se parece al follaje de la selva tropical, cuyas ramas rodean la tierra y echan sin cesar nuevas raíces.

Pero el poder no es nunca creador: es infecundo. Se aprovecha sencillamente de la fuerza creadora de una cultura existente para encubrir su desnudez, para darse apariencia. **El poder es siempre un elemento negativo en la Historia, que se adorna con plumaje extraño para dar a su impotencia la apariencia de fuerza creadora.** También aquí da en el clavo la palabra zarathustriana de Nietzsche:

"Donde hay todavía pueblo, no se comprende al Estado y se le odia como al mal de ojo y al pecado contra las costumbres y el derecho. Os doy estos signos: en todo pueblo habla su lengua de lo bueno y de lo malo, que no comprende el vecino. Inventó su idioma de costumbres y leyes. Pero el Estado miente en todas las lenguas, de lo bueno y de lo malo; y, hable lo que quiera, miente, y haga lo que haga, lo ha robado. Falso es todo en él; muerde con dientes robados el mordaz. Son falsos incluso sus intestinos."

El poder actúa destructivamente, y sus representantes han aspirado siempre a oprimir con el cinturón de sus leyes todos los fenómenos de la vida social, y a reducir esos fenómenos a una determinada norma. Su forma espiritual de expresión es un dogma muerto; su manifestación física de vida es la violencia brutal. La ausencia de espíritu en sus aspiraciones imprime su sello a la persona de su representante, y lo vuelve paulatinamente inferior y brutal, aun cuando tenga por naturaleza los mejores dones. Nada achata el espíritu y el alma de los hombres como la monotonía eterna de la rutina, **y el poder sólo es rutina.**

Desde que Hobbes ha dado al mundo su obra *De Cive*, las ideas que se expresaron allí no han quedado nunca enteramente fuera de curso. Al correr de los últimos tres siglos han ocupado, en una o en otra forma, el pensamiento de los hombres y hoy precisamente dominan los espíritus más que nunca. El materialista Hobbes no se afirmaba en las doctrinas de la Iglesia, lo que no le impidió, sin embargo, hacer propio su postulado trascendental: **"el hombre es malo por naturaleza"**. Todas sus consideraciones filosóficas están inspiradas por ese supuesto. Para él el hombre era la bestia nata, conducido sólo por instintos egoístas y sin consideración alguna para el prójimo. Tan sólo el Estado puso fin a esa condición de "guerra de todos contra todos", y se convirtió así en providencia terrestre, cuya mano ordenadora y punitiva impidió que el hombre cayese en el abismo de la más desconsoladora bestialización. De ese modo fue el Estado, según Hobbes, el verdadero creador de la cultura; impulsó a los hombres con fuerza férrea a una etapa superior de su existencia, por mucho que repugnara a su naturaleza interna. Desde entonces se ha repetido incontablemente esa fábula del papel cultural del Estado, y se ha confirmado supuestamente con nuevos argumentos.

Y, sin embargo, contradicen esa concepción insostenible todas las experiencias de la Historia. Lo que ha quedado a los seres humanos de bestialidad como heren-

cia de lejanos antepasados, ha sido cuidadosamente atendido y artificialmente fomentado por el Estado a través de todos los siglos. La guerra mundial, con sus espantosos métodos de asesinato en gran escala, las condiciones en la Italia de Mussolini y en el Tercer Reich hitleriano tienen que **persuadir hasta a los más ciegos sobre lo que significa el llamado "Estado cultural"**.

Todo conocimiento superior, toda nueva fase de la evolución espiritual, todo pensamiento grandioso que haya abierto a los hombres nuevos horizontes de acción cultural, sólo pudo abrirse paso en lucha permanente contra los poderes de la autoridad eclesiástica y estatal, después que los representantes de esa superación tuvieron que dar testimonio, a través de épocas enteras, de sacrificios enormes en bondad, libertad y vida, por su convicción. Si tales innovaciones de la vida espiritual fueron, sin embargo, reconocidas al fin por la Iglesia y por el Estado, fue sólo porque con el tiempo se hicieron tan irresistibles que no se pudo hacer otra cosa. Pero incluso ese reconocimiento, obtenido gracias a violentas oposiciones, condujo en la mayoría de los casos a una dogmatización sistemática de las nuevas ideas; bajo la tutela sofocadora del poder se volvieron gradualmente éstas tan rígidas como todos los ensayos de creación anteriores.

Ya el hecho de que toda institución de dominio tiene siempre por base la voluntad de minorías privilegiadas, impuesta a los pueblos de arriba a abajo por la astucia o la violencia brutal, mientras que en toda fase especial de la cultura sólo se expresa la obra anónima de la comunidad, es significativo de la contradicción interna que existe entre ambas. **El poder procede siempre de individuos o de pequeños grupos de individuos; la cultura arraiga en la comunidad.** El poder es el elemento estéril en la sociedad, al cual falta toda fuerza creadora; la cultura encarna la voluntad fecundante, el ímpetu creador, el instinto de realización, que buscan el modo de manifestarse. El poder es comparable al hambre, cuya satisfacción conserva en la vida al individuo hasta una determinada edad. **La cultura, en el más alto sentido, es como el instinto de reproducción, cuya manifestación conserva la vida de la especie.** El individuo muere; la sociedad no. Los Estados sucumben; las culturas sólo cambian el escenario de su actividad y las formas de su expresión.

El Estado sólo se muestra favorable a aquellas formas de acción cultural que favorecen la conservación de su poder; pero persigue con odio irreconciliable toda manifestación cultural que va más allá de las barreras por él trazadas y puede poner en litigio su existencia. Por eso

es tan absurdo como engañoso hablar de una "cultura de Estado", pues **el Estado vive siempre en pie de guerra contra todas las formas superiores de la cultura espiritual y trata de eludir la voluntad creadora de la cultura.**

¹ Lao-Tsé: *Die Bahn und der rechte Weg*, en alemán, por Alexander Ular; Inselbücherei, Leipzig.

² Friedrich Nietzsche: *Crepúsculo de los dioses*.



Jorge Silva Izazaga

RETORICA FREUDIANA

El desechar a priori la interpretación de los sueños, es a la vez que más simple, más satisfactorio, pero no por eso necesariamente más correcto. Démonos un poco más de tiempo, todavía la cuestión no está madura para establecer un juicio. En primer lugar, se puede reforzar el caso en contra de nuestras interpretaciones. El hecho de que nuestros resultados sean tan desagradables y repelentes no se haría sentir, quizá, con tanto peso sobre nosotros; un argumento más fuerte es el repudio enfático y bien fundado de los soñadores, a la interpretación que nosotros tratamos de imponerles después de conocer sus sueños, respecto a los deseos que aparecen de sus tendencias. "¿Cómo? —dice uno de ellos—, ¿usted quiere probar que me duele el dinero que gasté en el ajuar de mi hermana y en la educación de mi hermano? Eso es imposible; me he pasado toda la vida trabajando para mis hermanas y hermanos, y mi único interés en la vida es salvar mi responsabilidad hacia ellos como hermano mayor; yo le prometí a mi madre moribunda que lo haría." O como una mujer afirma: "¿Se supone que debo sentir el deseo de que mi esposo esté muerto? ¡Vaya, qué insensatez tan grande! No sólo hemos sido felices en nuestra vida matrimonial, aunque ustedes quizá no lo crean, sino que si él muriese, yo perdería todo lo mejor que poseo en este mundo." O como alguien más respondería: "¿Insinúa usted que abrigo deseos sexuales hacia mi hermana? ¡Qué suposición más descabellada! Ella no representa nada para mí, nos llevamos mal y hace años que no cruzamos palabra entre los dos!" Y todavía es posible que no nos sintiéramos muy impresionados si estos soñadores no admitieran y negaran las tendencias que se les atribuyen; podríamos afirmar que se trata de tendencias de las que no tienen conciencia. Sin embargo, cuando detectan en sus mentes el extremo opuesto de los deseos que les hemos interpretado, y cuando nos pueden demostrar, por toda su conducta en la vida, que el deseo contrario es el que predomina, nos sentimos ciertamente confundidos. ¿No es hora de que nos deshagamos de todo nuestro trabajo de interpretación de sueños, como de algo que sólo ha conducido a **reductio ad absurdum**?

No, ni siquiera ahora. Incluso este potente argumento se desmorona cuando se lo somete a un ataque crítico. Suponiendo que las tendencias del inconsciente existan realmente en la vida mental, el hecho de que las tendencias opuestas predominen en la vida consciente, no prueba nada. Quizá hay espacio en la mente para alojar tendencias opuestas, para contradicciones

que existan en forma simultánea. En efecto, es posible que la misma predominancia de dicha tendencia condicione la naturaleza inconsciente de lo opuesto, de manera que las objeciones propuestas se reduzcan a la afirmación de que a final de cuentas la interpretación de los sueños no es sencilla y sí muy desagradable. Al primer cargo se puede responder que, no obstante cuán leales seamos a la simplicidad, no por ello podremos resolver uno solo de los problemas de los sueños, y que en relación con éstos es necesario decidirse desde el principio a aceptar la realidad de sus relaciones complejas. Y en lo que respecta al segundo punto, se está abiertamente equivocado al tomar el hecho de que algo agrade o sea repelente, como motivo o razón de un juicio científico. ¿Qué puede importar si usted encuentra que los resultados de la interpretación de los sueños son desagradables o incluso mortificantes y repulsivos? **Ca n'em-pêche pas d'exister** —como le oí decir, cuando era un joven médico, a mi jefe, Charcot, en un caso similar. Debemos ser humildes y alejar lo más posible las simpatías y las antipatías, si deseamos aprender a conocer la realidad en este mundo. Si un físico le dijera a usted que la vida orgánica en la tierra está condenada a extinguirse en breve tiempo, ¿se aventuraría a contestarle: "¡Eso es imposible, la idea me desagrade en extremo!"? Más bien, creo que usted no diría nada sino hasta que otro físico pudiera demostrar que el primero cometió errores en sus premisas o cálculos. **Si se repudiara todo lo que es desagradable, sólo se estaría repitiendo el mecanismo de una estructura de sueños en lugar de comprenderlo y dominarlo.**

Entonces, quizá decida usted dejar a un lado la naturaleza ofensiva de los deseos censurados de los sueños, y volver a blandir el argumento de que seguramente es improbable que debamos conceder una parte tan grande de la constitución humana a lo que es malo. Sin embargo, ¿justifican sus propias experiencias este juicio? No diré nada respecto a cómo puede aparecer ante sus propios ojos; pero, ¿ha encontrado tanta buena voluntad en sus superiores y rivales, tanta caballerosidad en sus enemigos y tan poca envidia entre sus amistades, que se siente obligado a protestar en contra de la idea de la parte que juegan las bajezas egoístas en la naturaleza humana? ¿No conoce, acaso, lo incontrollable e inseguro que es el ser humano medio en todo lo que concierne a la vida sexual? ¿O desconoce el hecho de que **todos los excesos y aberraciones que soñamos en la noche, son realmente crímenes que diariamente cometen hombres que están plenamente des-**



piertos? ¿Qué hace el psicoanálisis en relación a esto, sino confirmar el antiguo adagio de Platón, de que los buenos son aquellos que se conforman con soñar lo que otros, los malos, hacen realidad?

Y ahora, aleje su vista de los individuos, hacia la gran guerra que sigue devastando a Europa; piense en la colosal brutalidad, crueldad y mendacidad que ahora se dejan extender por todo el mundo civilizado. ¿Cree usted, en realidad, que un puñado de corruptores de hombres y de trepadores sociales sin principios, habrían logrado dejar libre a este mal latente si los millones de sus seguidores no fuesen también culpables? ¿Se aventuraría, incluso en estas circunstancias, a oponerse a la inclusión del mal en la constitución mental de la humanidad?

Me acusará de ver un solo lado de la guerra, y me dirá que ésta también ha requerido todo lo que hay de más bello y noble en la humanidad: heroísmo, sacrificio del yo propio y espíritu de solidaridad. Esto es verdad, pero no cometa ahora la injusticia —algo que el psicoanálisis ha hecho con demasiada frecuencia— de reprocharme que niegue una cosa porque afirme otra. No es nuestra intención negar la nobleza de la naturaleza humana, ni hemos hecho jamás nada para restringir su valor. Por el contrario, le muestro no sólo los malos deseos censurados, sino también la censura que los reprime y logra que permanezcan en lo oculto. Tratamos la maldad en el ser humano con mayor énfasis, sólo porque otros la niegan y logran con ello que la vida mental no sólo no mejore, sino que sea incomprendible. Si abandonamos la evaluación ética unilateral, entonces podremos ciertamente encontrar una fórmula más válida de la relación del bien y el mal en la naturaleza humana.

LA HISPANIDAD LLORA A LUCY ETEL GARCIA VARGAS

En la Argentina fueron inhumados los restos de la señora Lucy Etel García Vargas de Guido, cuyo deceso causó general sentimiento de pesar en los círculos de su actuación y entre cuantos tuvieron oportunidad de conocerla y de valorar sus dotes intelectuales y su desempeño en diversas actividades relacionadas con la vida de la mujer.

La señora de Guido ocupó la presidencia de la Asociación de Sufragio Femenino en La Plata, entidad que presidía en la capital federal la señora Silvia Saavedra Lamas de Pueyrredón. En tal carácter pronunció conferencias sobre Derechos de la Mujer en el salón del diario La Prensa y en la Casa de Almagro en nuestra ciudad. Fue autora del proyecto de sufragio femenino en la Provincia, presentado en la Cámara de Diputados durante la gobernación del Dr. Raúl Díaz.

Diversas publicaciones literarias en los diarios La Opinión, El Argentino y El Día pusieron de relieve, en forma permanente, sus inquietudes en tal sentido, habiendo publicado también poesías y crítica de arte y cuentos en la desaparecida revista Mundo Argentino. En la ciudad de Olavarría ejerció la vicedirección y actuó como asesora literaria en La Revista del Sur. Fue, asimismo colaboradora del diario Democracia de la misma ciudad y de El Ciudadano, El Tiempo y Pregón de Azul, ciudad donde también vieron la luz sus poesías, notas y críticas literarias en la Revista Pan, Artes y Letras. Muchos de sus trabajos, sobre todo notas históricas, se publicaron en la revista Histonium de la dirección de Cultura y en la revista de estudios hispano-americanos Norte, de México. En nuestra capital estuvo a cargo de la dirección y redacción de la revista La Plata, y cuenta entre sus obras el primer tomo de la reseña histórica comentada Nuestra Argentina.

